

## XI

Pronto perdimos de vista el castillo de Holzenfels, — ahora recuerdo que así se llama el en que su alteza real me hizo los honores; — luego dejamos atrás la ciudad de Orberlahnsstein, erizada de torres, y por fin desapareció en el horizonte la ciudad de Rheinsel, donde estaba en otro tiempo el famoso *Koenigstuhl*.

Si no estás familiarizado, lector, con la lengua alemana, vas á preguntarme qué es ese famoso *Koenigstuhl*; y yo te responderé descomponiendo dicha palabra de esta suerte: *koenigs* significa *del rey*, y *stuhl*, *sitio*; ó en otros términos: *sitio del rey*.

Casi apuesto que á pesar de la explicación no estás muy al cabo.

Escucha pues é instrúyete.

Allá, en medio del río, en el sitio mismo donde hoy se ven cuatro piedras de medianas dimensiones, era donde se reunían los electores del Rhin para deliberar sobre los intereses de Alemania: y se reunían allá porque allá los cuatro territorios de los cuatro electores convergían como los radios de una estrella: de lo alto de los sitios descubriáse á un tiempo cuatro pequeñas ciudades, Lahnstein, en el territorio de Maguncia; Cöppeln, en el de Tréveris; Rheinsel, en el de Colonia, y Braubach, feudo palatino.

En la pequeña capilla fronterera es donde, en 1400, los electores, después de haber terminado su deliberación en el Koenigstuhl, declararon destronado al emperador Venceslao.

El Koenigstuhl subsistió hasta 1802, en cuya fecha los franceses lo demolieron.

La nota más triste de las conquistas y de las revoluciones, no es la suerte de los reyes á quienes derriban, ya que más tarde ó más temprano éstos deben morir; sino la de los monumentos que destruyen; cuando ya no saben á qué echar la mano, pueblo y soldados se ceban en las piedras; hayan éstas sido talladas por Fontaine ó esculpidas por Fidias, poco les importa, derriban, y cuando las han pisoteado, creen haber conquistado una nueva libertad ó conseguido trascendental victoria.

Pero anudemos nuestro relato.

Inmediatamente después del Koenigstuhl se encuentra San Goar, encantador puertecito dominado por las ruinas de un castillo del que los franceses hicieron volar un lienzo de muralla en 1794. Esta vez y contra lo que podían prever los ingenieros, la conquista se hizo en provecho de un posadero, el cual penetró por la brecha y estableció en el castillo una hostería.

Mi compañera de viaje pretendía que esta era la que había designado Uhland en su preciosa balada de *la Hija de la posadera*.

Por lo demás, habíamos llegado al verdadero reino de la balada: después de la Hija de la posadera venía la hada Lore, más conocida con el nombre de Loreley ó la Lore de la Roca; y como rodado viene, digamos que la sirena de la Edad media había escogido el sitio más pintoresco del Rhin para hacer de él su morada. La cúspide del peñasco en la cual permanecía habitualmente, pulsando el arpa y atrayendo á los pescadores con la seductiva suavidad de su voz, está á más de cuatrocientos pies de altura sobre el Rhin. El abismo por el cual desaparecían los imprudentes ruge todavía como Scila al pie del peñasco, y remolinea como Caribdis. El Rhin, estrechado en un espacio de doscientos

pasos, muge furioso sobre un plano inclinado de cinco pies en cuatrocientos metros, y el eco repite sin interrupción el ruido que lo despierta, ora sea el són del cuerno de caza, ya el rimbombo del cañón; así es que al pasar, los vapores tienen por costumbre descargar una pequeña pieza de artillería para dar á los pasajeros el más raro de todos los gustos, el de la admiración.

Era la tercera ó cuarta vez que hacía el viaje por el Rhin, y la primera que lo afectaban mis hermosas compañeras; y como yo había escrito un libro entero acerca de las leyendas que bordan ambas márgenes del antiguo río alemán, me vi convertido en precioso cicerone.

Después del placer de visitar una localidad pintoresca por la vez primera, viene el placer, más intenso todavía, de verla por segunda vez en compañía de seres queridos, á quienes mostramos lo que hemos visto tal como lo hemos visto. Apoyada en cada brazo llevaba yo una hermosa criatura, con la cabeza levantada, la mirada risueña y el oído atento á las palabras que de mi boca salían; el día estaba magnífico; el cielo jaspeado de algunas nubes, imprimía sobre aquella gigantesca naturaleza grandes efectos de luz y sombra. Ante mis ojos, en torno y en mí estaba la

poesía; para el goce de los sentidos, contemplaba á la vez, en el horizonte, algunos antiguos castillos; á mis lados á dos mujeres jóvenes; el ambiente era suave, y yo, impregnado de benevolencia y ternura, lo aspiraba con toda la fuerza de mis pulmones. Si al hombre le fuese dado decir: «Soy dichoso», consignaría aquí que en aquel entonces yo lo era.

El día pasó con la velocidad del rayo; luego llegó el anochecer con todos sus hechizos, con esos encendidos reflejos en las aguas del Rhin, esos matices celestes, esos verdes amarillentos que paleta alguna puede trasladar al lienzo, esa suavísima languidez que nos produce el pensar en la separación, quizás eterna, de nuestros amigos, por fuerte que sea el lazo de simpatía que nos una; todos los sentimientos en fin que hace brotar esa hora de la velada en que ya no es de día, pero tampoco de noche, y que se estremecen en lo íntimo de nuestro corazón al ver subir sobre el horizonte esa flor de fuego que por la tarde se apellida Véspero, y Lucifer antes del nacimiento del sol.

Por fin apareció en lontananza una inmensa mole negra salpicada de puntos luminosos: era Maguncia, donde iba á quedar disuelta nuestra trinidad. Efectivamente en ella la her-

mosa vienesa, que se había separado ya de su camino, imantada por Lilá y por mí, debía despedirse de nosotros, por no serle posible continuar hasta Mannheim, término de nuestro viaje, y en cuyo tren mi compañera de viaje y yo debíamos embarcarnos.

A las diez de la noche llegamos á Maguncia, y diez minutos después estábamos sentados á una mesa, tomando the, bebida que, gracias á los ingleses, se ha hecho casi universal. La vienesa y la señora Bulyowski habían pedido, como en Coblenza, un aposento con dos camas, y yo escogido un cuarto contiguo al de mis amigas.

Menester es que la vitalidad francesa sea grandemente poderosa, aun transportada al extranjero. Sólo en Francia se conversa; fuera de ella discuten, peroran, declaman, divagan, se aburren. Pues bien, doquiera va un francés, con él transporta, si se nos consiente la palabra, la electricidad de la conversación. Un italiano, en mi lugar hubiera cantado; un inglés, bebido; un alemán, dormido, y un ruso entregádose al juego: nosotros estuvimos platicando hasta las dos de la madrugada. ¿De qué? ¡Qué se yo! preguntad al viento de qué lado soplaba durante aquella noche, y éste no sabrá de qué lado soplaba, al igual que yo ignoro de qué hablamos; lo que re-

cuerdo, si, es que el péndulo tañó dos veces y que al oír el són de las campanadas y creyendo que, como el del *Sombrero del relojero*, tocaba porque sí, consultamos nuestros respectivos relojes; pero los tres, lo que no había podido lograr Carlos V, marchaban acordes y dieron la razón al péndulo.

Fué menester que nos separásemos. Era la primera vez que la noche nos parecía una ausencia; y es que en efecto, al día siguiente debíamos experimentar la primera separación que no era sino preludio de la segunda.

Esta vez Lilá no podía despertarme para presenciar juntos la salida del sol, pues la aurora estaba muy próxima cuando nos acostamos.

Con objeto de pasar reunidos algunos ratos más, convinimos en que nos pondríamos en camino en el tren de las once.

A las ocho los tres estábamos en pie.

Cuando más iba acercándose la hora de la separación, más iba desanimándose la plática y más frecuentes eran las sonrisas suaves y las miradas de tristeza. ¿Ignoraban, acaso, los antiguos, lo que es ausencia, desconociendo, como desconocían, la melancolía?

Nuestra amiga nos acompañó hasta la estación, donde cuantos la vieron debieron de imaginar que se separaba de un padre y

de una hermana, de tal modo corrían las lágrimas por sus mejillas.

Si los modernos tuviesen que representar á la fuerza, en lugar de colocarla, como los antiguos, en el ángulo de una plaza y ostentando cuñas de hierro en las manos, la colocarían en una estación de ferrocarril con un reloj al cuello.

No nos cupo otro remedio que subirnos al vagón, en el que también entró nuestra amiga para aprovecharse del último plazo concedido á los viajeros; pero al sonar la campana de aviso tuvo que bajar, y cuando saltó en tierra ya el tren se había puesto en movimiento.

Una vez solos mi compañera de viaje y yo, nos enjugamos los ojos y nos miramos.

—¡Qué mujer más encantadora! dije á Lilá. ¿Cómo se llama?

—No lo sé.

Yo la había tomado por amiga íntima de mi compañera; ésta ni siquiera la conocía.

¿Quién era pues? Lo que hay más poderoso en el mundo: una simpatía.

## XII

Lilá y yo nos encontrábamos nuevamente á solas; mas nos incumbe decir que desde el instante de la partida uno y otro habíamos dado un paso inmenso. Por mi parte el deseo amoroso se había trocado en la amistad más tierna y devota, y por lo que respecta á mi compañera, del temor pudibundo había pasado á la confianza más absoluta. Entre ella y yo creóse algo que tomó sitio entre el amor de dos amantes y el amor de hermano por la hermana; sentimiento impregnado de hechizo y no clasificado aún en la gama del cariño humano, y que, nuevo para mí, me henchía de satisfacción; sentimiento tranquilo, suave cual esos céspedes de los maestros italianos, cubiertos de tapices y de almohadones

de seda, é iluminados por un cielo de azul intenso, cuya pureza nada puede empañar. Como no había pasión, era imposible toda borrasca; el espíritu estaba enteramente libre y los sentidos en su más cabal ejercicio: en una palabra, experimentaba el mayor sosiego, me hallaba en pleno goce de la vida, é intuitivamente sentía la felicidad de un mundo superior.

Lilá que, como todas sus compatriotas distinguidas, era de gran rectitud de espíritu, había recibido una educación rayana en la ciencia; con ella podía uno hablar de todo, y aun aquello sobre lo cual no podía discutir, no le era extraño.

Quien la hubiera visto apoyada en mi hombro, contemplando con su suave sonrisa las liebres brincar por la llanura, nos habría tomado, iba á decir por dos amantes si no me hubiese acordado de que la doblo la edad; éramos más que eso, éramos dos tiernos amigos, próximos á separarnos, pero seguros de de que íbamos á conservar nuestro mutuo recuerdo.

A la caída de la tarde llegamos á Mannheim. Era la tercera vez que yo visitaba esta pequeña y melancólica ciudad de Alemania, que Goethe escogió para el teatro de los amores de Carlota y de Werther. La escena, for-

zoso es confesar que se presta admirablemente para el drama: castillo sólido, parque solitario, árboles gigantescos, calles tiradas á cordel, fuentes mitológicas, todo está en consonancia con la terrible elegía del poeta alemán.

La última vez que yo estuviera en Mannheim, había sido preocupado con una investigación: la de los documentos relativos al asesinato de Kotzebue por Sand: á solicitud mía mostráronme la casa del autor de *Misanthropía* y *Arrepentimiento*, y luego hice que también me mostraran el calabozo de Sand. En el sitio mismo donde éste fué ejecutado, que desde entonces se apellida la pradera de la Ascensión de Sand al cielo (*Sands Himmelfahrtswiese*) encontré al director de la cárcel en que aquél estuvo encerrado, y por último hice una visita al doctor Wideman, que no era sino el hijo del verdugo de Mannheim, y á su vez verdugo en la actualidad, en virtud de la ley de sucesión todavía en vigor en Alemania.

Por lo demás, en esta nación á los verdugos no se les trata como parías ni la sociedad los rechaza; y esto indudablemente obedece á que la ejecución conserva algo de guerrero, haciéndose, como todavía se hace, por medio de la cuchilla. Además, el verdugo alemán

está clasificado: es el último de los nobles y el primero de los burgueses. En las fiestas públicas va entre la nobleza y la burguesía.

En uno de mis libros, no recuerdo cuál, he contado el origen de semejante merced. Una noche de baile de máscaras, el verdugo, envuelto en magnífico traje, entró en el palacio imperial, y, al bailar unos rigodones, tocó la mano de la emperatriz. Alguien le conoció, y el emperador, advertido, quiso que para expiar el crimen de lesa majestad, al corta cabezas le cortaran también la suya.

—Sacra majestad, dijo entonces el verdugo, que había conservado toda su presencia de ánimo, por más que me hagas cortar la cabeza, no impedirás que la mano de la emperatriz haya tocado la mía, esto es la del sér á quien el desprecio público coloca en la última grada de la escala social. Ennoblécame, y la mancha quedará borrada.

—Está bien, contestó el emperador después de unos instantes de meditación; desde hoy serás el último de los nobles y el primero de los burgueses.

El verdugo de Alemania está, desde aquella época, clasificado en la esfera indicada personalmente por el emperador.

Otro recuerdo empero me ligaba á Mannheim, y es que aquel viaje y aquellas inves-

tigaciones los hice en compañía del pobre Gerardo de Nerval.

Era en 1838. En aquella época éste no había dado aún señal alguna de trastorno mental; sin embargo, para sus amigos, era evidente que el tabique cerebral que separaba en él la imaginación de la locura era tan sumamente tenue, que á las veces la imaginación hacia, sin que el desventurado Nerval lo advirtiese, excursiones al campo de su vecina.

Yo, que estaba lejos de sospechar tal tendencia, y, por otra parte, soy partidario de los hechos bien sentados, sostenía con Gerardo interminables discusiones, las cuales remataban invariablemente con esta frase, que más que una predicción era una realidad: «Mi querido Gerardo, V. está loco».

—Usted no ve lo que yo, me replicaba mi amigo, riendo con su típica suavidad.

A cuya réplica yo me obstinaba en acorralarle para que me hiciese ver lo que él veía.

Entonces Nerval se zambullía en un mar de deducciones tan sutiles y aéreas, que sus argumentos me producían el efecto de los copos vaporosos que el viento dispersa en todas direcciones, y que después de haber asumido las apariencias de una montaña, de una planicie ó de un lago, acaban por desva-

necerse y desaparecen cual leve humareda.

Dos años después el pobre estaba rematadamente loco; pero su locura era tranquila, poética, soñadora, no mucho más que en su estado ordinario; la única diferencia que existía era que el tabique de que he hablado se había roto.

Un día entró en mi casa un amigo de ambos, al ver al cual y antes de que me dijese palabra, le pregunté:

—¿Qué hay?

—Esta mañana ha acaecido una gran desgracia.

—¿Cuál?

—Han encontrado ahorcado á nuestro pobre Gerardo.

—¿Dónde?

—En la calle de la Linterna Vieja.

—¿Ha habido suicidio ó asesinato?

—No lo sé; había pasado la noche en una lóbrega casa de esa calle maldita, y esta mañana le han encontrado ahorcado de los barrotes de una ventana con el cordón de un mandil de cocina.

—Vayamos allá.

—Vamos; á la puerta nos está aguardando un coche.

Si no recuerdo mal, entre la plaza del Castillo y las Casas consistoriales, se extendía

una calle miserable, infecta, inmunda, que servía de canal á una cloaca enrejada, en la que y en días de lluvia el agua se precipitaba saltando como una cascada por los peldaños de una escalera viscosa. Dicha escalera estaba coronada de una barandilla de hierro, sobre la cual graznaba el cuervo de un cerrajero por la puerta de cuya tienda, encendida en llamas y en la que el martilleo continuo movía un ruido infernal, salían haces de chispas de cagafierro.

Encima de los tres últimos peldaños de la mencionada escalera había una ventana oscura, cimbrada, provista de una reja cual la de una cárcel: del barrote transversal de ésta fué del que encontraran ahorcado al infeliz Gerardo.

El extremo opuesto de la calle estaban demoliéndolo.

En el centro se levantaba la casa, ó más bien el tabuco donde Nerval había pasado la noche.

Uno de los primeros síntomas de la locura consiste en el olvido del cuidado personal. Casi no existe ejemplo de que un loco haya conservado hábitos de limpieza; es esta, más que instinto, una de las leyes de la civilización.

El tabuco estaba cerrado; pero al través de

las ventanas y puertas de él transpiraba la quietud interior; hubiérase dicho que sus habitantes estaban aguardando una visita de la policía; pero tal visita no llegó á efectuarse, no sé porqué, pues muchos son los amigos de Gerardo que creen que la muerte del sin ventura no fué efecto del suicidio.

En resumen, suicidio ó asesinato, el pobre Nerval se había ido á la patria de sus divagaciones;—lo que no impidió en modo alguno que yo entrase en Mannheim, tres ó cuatro años después de su muerte, tan completamente apoyado en su brazo como si todavía hubiese vivido.

¡Qué maravilloso es el recuerdo!

Dando por supuesta la mutación de las almas, el día en el cual Dios permita que el recuerdo no caiga junto con el cadáver en los abismos de la muerte, habrá concedido la inmortalidad al hombre.

Fué menester la suave melodía de la voz de mi compañera de viaje para volver á la realidad.

Como recordará el lector, Mannheim era el término de nuestra ruta. En ella es donde Lilá debía hallar á la grande artista dramática en busca de la cual iba.

Mi amiga tenía tanta comezón de saber á qué atenerse respecto de su carrera, que no

paró mientes en que fuesen las ocho de la noche, sino que resolvió hacer la visita sin perder minuto.

Como en Mannheim no hay coches de plaza, ofrecí el brazo á mi amiga, y después de bien informados y al través de calles donde todavía no ha penetrado el gas, nos encaminamos hacia el domicilio de la señora Schröder, el cual, como es de suponer, radicaba en el extremo opuesto de la ciudad.

Durante el camino encontramos varios grupos de burgueses, tales como maridos, mujeres y niños que salían de la tertulia, la cual, como es costumbre en Mannheim, termina á las nueve.

Ahí lo que me dió la clave de la *Petite Ville* de Picard, y, más aun, de la de Kotzebue, en la que se inspirara el primero.

¡Oh ciudad honesta, pacífica y tranquila, donde se sale de la tertulia á las nueve de la noche; en la que todo hijo de madre está acostado á las diez, y donde las mujeres, buenas madres de familia anhelosas de no desaprovechar el tiempo, hacen calceta en el teatro!

Por fin llegamos delante de una casita aislada, y á ella llamamos no sin rubor en el preciso instante en que sonaban las nueve en el campanario de la espaciosa iglesia de los

jesuitas, hora por cierto bien intempestiva. Sólo una esperanza nos alentaba, fundada en que nos las habíamos con una antigua trágica, y era que ésta habría conservado sus costumbres de escena y no se acostaría hasta las once.

No quedó defraudada nuestra previsión: la señora Schröder no sólo no se había acostado todavía, sino que siéndole, como le era, conocido el nombre de mi amiga, nos recibió sin dilación alguna.

Introdujéronnos en un saloncito donde la decana de las trágicas alemanas, la mujer que ha sido aplaudida por todas las manos ducales, reales é imperiales de los príncipes y soberanos del Norte, sentada junto al fuego delante de una mesa alumbrada por una lámpara, estaba ocupada en leer, mientras acariciaba un corpulento gato enroscado sobre sus rodillas. Y por cierto que la buena señora, pese á sus setenta años, leía sin auxilio de anteojos.

Antes de que nosotros entrásemos en el salón, la señora Schröder se levantó y saliónos al encuentro sonriendo con la placidez y suavidad del numen que ha llenado su destino.

Lilá, por demás conmovida, la echó los brazos al cuello; y á lo que alcanzo, la gran-

de artista gustó tanto de este proceder como de las más respetuosas fórmulas de la cortesía alemana, la más ceremoniosa de cuantas se conocen.

Luego mi compañera pronunció mi nombre, y un *joh!* expresivo si los hay se escapó de labios de la señora Schröder.

—¡Pues apenas le conozco á V., mi querido señor Dumas! me dijo en francés chapurrado la eminente trágica; primeramente por uno de mis hijos, el párroco, que le lleva á V. enclavijado en el alma; luego por mi otro hijo el artista, que le traduce á V. y le representa, y por último por mi hija la cantante, que le ha visto y conocido á V. en París, ¿no es así?

—Así es, señora, la respondí, y la esperanza de no serle á V. completamente extraño me ha animado á presentarme, con la señora, en casa de V. á hora tan intempestiva.

—¡Hora intempestiva! repitió la señora Schröder. Me está V. tratando como si realmente fuese una vecina de Mannheim, olvidando que soy ciudadana de las capitales y que de los años que cuento he pasado cincuenta en Viena, Berlín, Munich y Dresde. De ningún modo es intempestiva la hora; ya lo ve V., estaba leyendo, añadió mostrándome el libro vuelto al revés sobre la mesa.

—Perdóneme V. mi curiosidad, señora, la dije, pero ¿qué libro es ese?

—Una nueva tragedia en la que me hubiera cabido bonísimo papel si todavía yo las representara: *El Conde de Essex*.

—¡Ah! yo lo creo, es de Laube, repuse.

—¡Cómo! ¿V. la conoce? me preguntó la señora Schröder llena de admiración.

—Sí la conozco, respondí riendo, como conozco cuanto se escribe en Rusia y en Inglaterra.

—¿Así pues sabe V. el alemán?

—No, señora, pero tengo un traductor.

—¡Ah! dijo la anciana trágica moviendo la cabeza, nuestro pobre teatro está muy decaído. Autores y actores corren pendiente abajo; todo nos viene de Francia en la actualidad. Nuestras grandes lumbreras están apagadas. He conocido á Iffland, á Schiller y á Goethe y tiempo es ya de que me reúna á ellos; hallaré más buena compañía allá arriba que no acá abajo; mas, dispénsame V. que dé rienda á mis recriminaciones de vieja. Han venido ustedes á verme, bien llegados sean, hijos míos.

Y al pronunciar estas palabras la anciana nos envolvió á Lilá y á mí en una sola mirada.

En esto tendí la mano á mi compañera de

viaje, que me la oprimió sonriendo, y la dije:

—A usted corresponde hablar; pero hágallo V. en alemán y no páre mientes en mí; yo entretanto me ocuparé en fotografiar este aposento en mi memoria.

Lilá se sentó al lado de la señora Schröder, y cogiéndola una mano, que retuvo entre las suyas, la explicó el objeto de su visita.

La anciana artista escuchó á la señora Bulyowski con la más benévola atención, y cuando ésta hubo terminado, replicó:

—Vamos á ver, recíteme V. algo en alemán. ¿Qué conoce V. de los grandes maestros?

—Todo.

—Empecemos por *Intriga y Amor*.

Lilá se llevó la mano al corazón,—que le latía como vez alguna le latiera en presencia de la asamblea más augusta,—y empezó á declamar.

Yo me sabía de memoria *Kabale und Liebe*, de modo que no perdía palabra de cuantas salían de boca de la artista, y como sus ligeros defectos de pronunciación pasaban inadvertidos para mí, estaba maravillado de su dicción lisa y patética.

La señora Schröder prestaba atención suma, y daba frecuentes señales de aliento.

—Veamos ahora algo en verso, dijo ésta, una vez Lilá hubo terminado.

Mi compañera de viaje recitó un trozo de *La Novia de Mesina*.

—¡Bien! ¡bien! ¡brava! decía la señora Schroeder, sin desviar un punto la atención. Ahora *La Margarita en el torno*, y habrá bastante.

Lilá se sentó, echó atrás la cabeza, apoyándola en la pared, y recitó por entero la canción que empieza así: *Mein Ruhe ist hin* (Lejos está mi tranquilidad), pero con acento tal de tristeza, con melancolía tan honda, que las lágrimas me acudieron á los ojos y fui yo quien dí la señal de aplaudir.

La señora Schroeder, que presentía que sus palabras iban á tener la fuerza de una sentencia, había concentrado toda la atención en los oídos.

—Si hubiese V. venido á mi casa, dijo la anciana á Lilá, únicamente para escuchar frases halagüeñas, la diría á V. que lo hace usted muy bien; pero ha venido para pedirme consejo, y por lo tanto debo no callarle que necesita V. dedicarse por espacio de seis meses á un estudio asiduo y concienzudo de la lengua alemana; entonces la hablará usted como una sajona. ¿Le parece á V. que podrá consagrar seis meses á este trabajo?

—Yo había calculado emplear un año en él, respondió Lilá.

—Entonces el triunfo es seguro; ¿pero bajo la dirección de quién se propone V. seguir esos estudios?

—Me anima una esperanza, respondió mi amiga arrodillándose con encantadora gracia á los pies de la anciana, juntando las manos y mirando á ésta con indecible expresión de ruego.

—Comprendo, dijo entonces la señora Schroeder; V. desea que yo sea su maestra.

Lilá hizo una señal afirmativa con la cabeza.

Imposible era estar más seductiva que en aquel instante lo estaba mi compañera de viaje, con sus grandes y azules ojos fijos en los de la anciana artista.

La señora Schroeder tomó en sus manos la hechicera cabeza de Lilá, y besándola en la frente, dijo:

—Está bien, será V. mi última discípula.

—¡Oh! ¡cuán agradecida la estoy, señora! se lo juro á V., exclamó Lilá cubriendo de besos el rostro de la grande artista.

Cuando salimos de la habitación de la señora Schroeder, era media noche.

Al entrar en la fonda, mi amiga estaba ebria de dicha.

Por la mañana del siguiente día Lilá y yo nos separamos, y desde entonces no he vuelto á verla. Sin embargo un día del mes de julio último recibí la siguiente carta:

«Mi bueno y querido amigo: Permítame  
»usted que le haga sabedor de toda la dicha  
»que me embarga: acabo de representar, en  
»alemán, en los principales teatros de Ale-  
»mania, la flor y nata de las obras maestras  
»de nuestros más eximios escritores.

»Gracias á las lecciones de la señora  
»Schroeder, he alcanzado un gran triunfo.  
»He visto colmados todos mis sueños ar-  
»tísticos.

»Le escribo á V. desde Ostende, donde es-  
»toy tomando baños de mar. Si me cupiese  
»la seguridad de que V. se acuerda todavía  
»de su compañera de viaje, le diría: Venga  
»usted á verme.

»Como quiera que sea, véale yo á V. otra  
»vez ó no vuelva á verle, esté seguro de que  
»conservo invariable mi fraternal afecto por  
»usted.

»Mi hijo goza de buena salud y está her-  
»moso como nunca. Hace dos años que co-  
»noce el nombre de usted; dentro de diez  
»conocerá las obras á que usted ha dado  
»vida.

»Sentiría en el alma tener que decirle á  
»usted adiós.—Así pues, hasta la vista.

»L. B\*\*\*»

Mi primer impulso fué levantarme para echarme inmediatamente á la calle en busca de mi pasaporte; pero, contra mi costumbre, resistí á este mi primer ímpetu.

Cierto es que el segundo, esta vez el bueno, había sucedido sin dilación al primero y me decía en voz baja: «¿Para qué ir? Tampoco la querría como amiga, más que ahora la quiero, y sé cuán inútil sería que la quisiese por modo distinto.»

FIN DE «UN LANCE DE AMOR»

*Traducción de* LUIS CALVO.

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN  
BIBLIOTECA EN  
"ALFONSO REYES"  
Año. 2025 MONTEREY, MEXICO